





LA CANCIÓN DEL
INMIGRANTE PERENNE
O
IMMIGRANT SONG
(UNA OBRA BILINGÜE)



Carlos García Durazo

LA CANCIÓN DEL
INMIGRANTE PERENNE
O
IMMIGRANT SONG
(UNA OBRA BILINGÜE)



Primera edición: octubre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos García Durazo

ISBN: 978-84-16824-62-5

ISBN digital: 978-84-16824-63-2

Depósito legal: M-25796-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Josephine Cranford, querida amiga de la vida
que un buen día se le ocurrió retarme a escribir literatura,
y para Cervantes, Tolstoi y todos los grandes
que me tomaron de la mano y me guiaron
como a un niño que aprende a escribir por primera vez.*



¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
La vida es sueño



CAPÍTULO I

APOTEOSIS, LEPIDÓPTEROS Y BERGAMOTA

Juan Cristóbal estaba sentado sobre la alfombra en el centro geográfico de su alcoba cuando lo encontraron los agentes del orden público y seguridad ciudadana. Los bomberos tuvieron que derribar la puerta principal de su apartamento en el séptimo piso antes de poder acceder a su hogar, ya que la puerta se encontraba cerrada firmemente por dentro con macizos candados. Al entrar en la vivienda de Juan Cristóbal, estos y los agentes de policía, pudieron constatar que dominaba una fragancia inusual. Unos declaraban que olían esencia de lima de bergamota, mientras otros juraban que se trataba del aceite de jazmín, y aún otros mantenían que olían muy concretamente la nuez moscada con fragancia de vainilla. En todo caso, habían concluido que, olor a cadáver, como era de esperar al hacer tal descubrimiento, no había en el aposento del difunto, ni mucho menos. El segundo, e igualmente peculiar fenómeno que pudieron percibir, fue que toda la casa mantenía una temperatura ambiental de unos 25 grados, aunque era pleno invierno y nevaba copiosamente fuera. Pronto descubrieron que hacía años que la calefacción no funcionaba, ni mucho menos la luz. Pero, lo más inaudito de todo, según los agentes y peritos presentes, eran las orugas de lepidópteros, tanto diurnas como nocturnas, que colgaban de las paredes, techo, plantas, muebles, e incluso de los cristales de las ventanas. Igualmente veían cómo docenas de estas mariposas volaban en la habitación donde se encontraba el fallecido y cubrían su cuerpo semidesnudo con sus preciosas y muy coloridas alas. Otras mariposas se desplazaban volando de planta

a planta. De estas había muchas, de todos colores y especies, y estaban en plena flor en mero invierno. La escena que contemplaban los agentes de los cuerpos de auxilio público era tan inverosímil como real. Como si hubiesen entrado en el jardín de las maravillas, o una casa encantada de las cuales habían leído de niños en libros de cuentos infantiles.

Diez años antes de que lo descubriesen, Juan Cristóbal había asumido la posición de loto, o algo parecido a esta, para pensar y meditar sobre lo «externo» tanto como lo «interno», como él solía decir, cuando un insidioso ictus apopléjico lo dejó en estado de nirvana, habiéndolo conseguido después de toda una vida llena de introspección, meditación, y análisis. Tan concentrado en su clarividencia y alumbramiento estaba Juan Cristóbal en el momento que le llegó la insospechada muerte, que murió con los ojos abiertos dirigidos hacia arriba y un poco hacia la derecha, las manos posadas sobre las rodillas e índices y pulgares cerrando el circuito de la vida. El buen estado del cadáver se debía tal vez al afán y estado de contemplación del difunto al momento de finirse, ya bien por las buenas condiciones ambientales dentro de la habitación. La policía científica del departamento de medicina forense no podía dar otra explicación salvo que la causa de su muerte era un infarto en el cerebro, o un accidente vascular encefálico. Efectivamente, el cuerpo de Juan Cristóbal no había cambiado ni lo más mínimo: la piel aún no había perdido su color, su molicie y su suavidad, dejando a los peritos tanto asombrados como perplejos. El exánime aún tenía el pelo tal como se lo había peinado esa infausta mañana, y lo que más causaba consternación y asombro era la media sonrisa fija que llevaba en la cara a pesar de que habían transcurrido más de diez años desde el día en que murió.

Los peritos enviaron muestras de su ADN a los laboratorios de *The Royal Society*, clínica de medicina forense y legal en Londres, para estudiar este muy sorprendente caso de momificación espontánea, pero estos diestros científicos no pudieron descubrir absolutamente nada que pudiese considerarse sospechoso en lo más mínimo. El veredicto de los peritos británicos solo constataba una aberración: que las células madres del individuo en cuestión, y más específicamente las células totipotentes, estaban vivas, aunque en estado de hibernación, algo que

jamás habían visto en casos de momificación espontánea como esta. Y, con este fallo, la venerable academia clausuró el caso, tal como lo hizo la policía científica.

EL ATAÚD PIRÁMIDE

Posteriormente, las autoridades decidieron sepultar al difunto tal como lo habían encontrado, en su posición meditativa ya que el *rigor mortis* no permitía otra opción. Y así sucedió. Su féretro, en forma de pirámide y de una madera burda pero fuerte y encapsulada por una especie de mausoleo sencillo, ha sido objeto de admiración desde que la BBC y tanto toda la prensa nacional como la internacional hubiese tratado el tema de este extraordinario hallazgo extensivamente. Por fin, una humilde placa de acero llevando su nombre y datos de nacimiento y fallecimiento fue puesta a la base del féretro piramidal, pero muy pronto esta plancha metálica no se podía ver, ya que los centenares de ramos de flores, cirios, hachas, estatuillas del Bodhisattva, Buda Gautama, y otras dádivas encubrían la plancha. Tanta llegó a ser la multitud que se acumulaba delante de la pirámide de Juan Cristóbal que el cementerio era ya un núcleo de peregrinación de gente de toda estirpe, raza, tamaño, y lengua; lo único que tenían en común era la admiración por este asceta peculiar cuyas obras y vida habían sido sacadas a luz *post mortem*.



CAPÍTULO II

EL NACIMIENTO

En el séptimo día de la semana del séptimo mes del año 1957 a las diecinueve horas en punto, dio a luz María Elena Durán de García a un niño de cabellos desmesuradamente largos y rizados que no dejaba de chillar por haber sido bruscamente desahuciado de su húmedo, cálido e intrauterino lecho donde había pasado los primeros nueve meses de su breve vida acuática como un renacuajo budista. Durante estos preciosos y prematuros nueve meses, el pequeño renacuajo, que había empezado como un sencillo óvulo y después cigoto, disfrutaba de sueños sumamente deleitables en su acuario placentario. Soñaba que buceaba por un sinfín de cenotes, cavernas y cuevas tibios, oscuros y espesos como el atole o champurrado que él llegaría a saborear un buen día. A medida que iba metamorfoseándose de batracio a saurio, culminándose en feto, el pequeño vivía un bienestar utópico escuchando la dulce voz de su anfitriona materna, y de vez en cuando el runruneo o rumor de una voz baja masculina y rezongona que le ponía a la fuga. De repente, el crío fue bruscamente evacuado dando fin a su existencia submarina. La madre del niño, exhausta, estaba a punto de perder el conocimiento y la vida, ya que el postparto no había evolucionado bien. La joven madre había perdido mucha sangre sin cesar, y la seguía perdiendo, tumbada sobre su cama de sábanas abatidas y ensangrentadas, mientras su primogénito, a su lado, no dejaba de llorar. Pronto e instintivamente, hizo lo que todas las madres hiciesen antes que ella y después de ella: tomó a su bebé y lo acercó a su seno izquierdo para alimentarlo por primera vez en su breve vida extrauterina. Acto cumplido, María Elena se desvaneció poco a poco, perdiendo el sentido y aún más sangre a la vez y, por fin, perdió el conocimiento.

El alba se presentó, y, María Elena abrió los ojos asustada, pues no sabía si estaba viva o muerta sintiendo que se había columpiado entre los dos mundos toda la noche. Enseguida oyó un bufido o gruñido muy quedo que parecía haber provenido de su lado, y recobrando la memoria de lo que había experimentado la noche anterior, buscó y encontró a su recién nacido entre las mantas estropeadas. Ahí estaba el pequeño, aún sin asear, sangriento, pegajoso y lagañoso, pero disfrutando de su primer día de vida y su entorno nuevo y cálido. Si su madre no había muerto es porque, de alguna manera, ya bien milagrosa, ya bien por el acaso, la hemorragia cesó salvándole la vida a la joven madre del niño.

ATAVISMO

María Elena era la menor de una familia numerosa que se había originado entre los antiguos pueblos europeos de Durres, Albania y Génova, Italia. Su abuelo Cossimo Durazzo había dejado Génova por un país lejano, inmenso y misterioso como lo era México a principios del siglo XIX. Las invasiones de los otomanos en Albania, en el siglo XIV, y del pueblo de Durres más precisamente, había precipitado a los Durras o Durrazo a huir de Albania hacia Italia, que ocupaba y regía la región de Durres tanto como Scutari y Alessio en Albania. Una vez ya en Génova, los Durras italianizaron su apellido, resultando en Durazzo. Paulatinamente, y no con poco ahínco, los Durazzo llegaron a formar una dinastía importante y poderosa en su nueva patria y ciudad, ascendiendo hasta el rango de nobles en la aristocracia genovesa gracias a las riquezas acumuladas por sus industrias marítimas. En poco tiempo, su exitoso comercio mercantil les aportaba riquezas que iban siendo invertidas a la vez en la empresa o en bienes inmuebles. Tanto llegó a ser el esplendor del poder y patrimonio de esta ilustre familia de humildes inmigrantes, que en el zenit de su gloria y el azimut de su bonanza los mejores artistas de Europa los llegaron a plasmar en unos óleos resplandecientes tanto como revolucionarios, ya que la técnica de la pintura al óleo apenas se había descubierto en Flandes por los idiosincráticos hermanos Van Eyck. Los cuadros más destacados, obras de arte maestras, vinieron de la mano del pintor flamenco y discípulo de Pedro Pablo Rubens, Anton van Dyck.

Pasaron los siglos y, como suele ocurrir a todas las dinastías, la de los Durazzo, que había resultado ser muy numerosa, menguó. Los descendientes menos afortunados o más osados zarparon para el nuevo mundo. Unos apostaron por el país más salvaje y enigmático de las Américas, Brasil, mientras otros eligieron Argentina, y algunos marcharon para México. Así fue como Cossimo Durazzo se despidió de sus padres a finales del siglo XVIII y embarcó una nave que seguía *grosso modo* la trayectoria de su compatriota, Cristóbal Colón. Al llegar a Veracruz, en el virreinato de México, el primer día del año nuevo de 1790, Cossimo contaba con veinte años, un par de camisas y un pantalón. Cossimo continuó su peregrinaje hacia el norte del país, donde se habían descubierto grandes e importantes depósitos de plata, siendo que no le sentaba bien el clima húmedo y pegajoso de Veracruz. Los ojos azules y chisposos que había heredado de su madre y el semblante guapo de su padre le facilitaban la hazaña que se había propuesto.

La hazaña consistía en incorporarse al ejército del virreinato que estaba destinado a proteger a los colonos en sus asentamientos del estado de Sonora de los Yaqui, los indígenas. En la Sierra de Bacatete, no lejos del río Yaqui, Cossimo y una docena más de soldados fueron vencidos y tomados como prisioneros por los Yaqui. Como era costumbre de los Yaqui, Cossimo y sus compañeros fueron atados y serían castrados después de haberles cortado las plantas de los pies para prevenir la fuga. Seis de sus compatriotas ya habían sido sacrificados, cuando la caballería ligera bajo el mando del capitán, Diego Martínez Cruz, embistió a los guerreros Yaqui, derrotándoles y salvándole la masculinidad a Cossimo. Poco después, Cossimo llegó a conocer a Trinidad Sagrario Valencia, con la que se casó y le otorgó diecisiete hijos: diez niños y siete niñas. Como solía pasar en aquellos tiempos, de los diecisiete niños solo siete (tres hermanos y cuatro hermanas) sobrevivieron. Uno de ellos, Jesús, llegó a casarse con Carmen Isidra Valencia. María Elena era la hija menor de Jesús y Carmen, y en este día, 7 de julio de 1957, María Elena ya era madre. Su esposo, Francisco Rodolfo García Herrera, dio como nombre al recién nacido Juan Cristóbal. Juan Cristóbal García Durán, precisamente. Cossimo Durazzo ya había reducido su apellido para adaptarlo a su nuevo país y lengua, resultando en dos sílabas nítidas tanto como sonoras: Durán. Juan Cristóbal vio su familia crecer en número, ya que

sus padres llegaron a tener tres hijos y una hija, siendo el primogénito Juanito, como le solía llamar su madre. Fue mimado prodigiosamente por sus padres y los numerosos tíos y tías de la cuantiosa familia Durán. Por parte de su padre, Francisco, solo contaba con un tío, Carlos.

INFANCIA Y EDUCACIÓN

Desde los primeros días y años de vida, Juanito percibía su entorno meticulosamente y lo registraba parte por parte, escena por escena y personaje por personaje, en vívido detalle, como si fuese una máquina digital de cine. Al poco tiempo, llegó el día en que su padre lo depositara en un colegio de monjas con el muy optimista nombre de Colegio el Progreso. Al principio, y por el hecho de que su padre lo había engañosamente abandonado en ese colegio poblado por religiosas en sus severos hábitos negros, el niño lloraba con grandes pucheros y un mar de lágrimas, hasta que una monjita con voz de seda le dijo:

—Lástima de lágrimas que te caen de los ojos niño. Ten este vasito para que las recojas una por una.

Desde ese momento dejó de llorar Juanito, y un mundo nuevo se abrió delante de él. Ahí, ante sus ojos, las monjas le configuraban serpientes y culebritas blancas de gis sobre la negra superficie de la pizarra que él y los demás niños tenían que copiar minuciosamente, viborita por viborita, en las páginas vírgenes y blancas de sus cuadernos, tan blancas como los velos de las religiosas. En poco tiempo, el niño dominó el arte de la lectura y la escritura que le parecían magia por el hecho de que ahora ya podía descifrar todo texto que cruzaba su camino y todo libro, cartel, o periódico y revista que se le presentaba. Las letras le hablaban y su madre se sorprendía al oír al niño articular en voz alta el texto de todo rótulo, cartel y letrero que veían cuando iban caminando por la calle. Poco después llegaron los números: primero los arábigos y luego los romanos, que él consideraba ser aún más místicos que las letras, ya que los números no hablaban. Los números eran mudos, mientras que las letras le cantaban. Pero los números tenían otros ardidés, siendo que se multiplicaban, dividían, sustraían o se sumaban los unos con los otros de forma misteriosa para Juanito. Sería por esto, tal vez, que las letras, los vocablos y las palabras escritas le atrajeron desde el principio mucho

más que los enigmáticos números arábigos en todas sus formas y potencias. Después de la escuela, Juanito pasaba las horas muertas dibujando con la caja de colores de cera que le regaló su madre y descubrió que los colores le cantaban también. El rojo, por ejemplo, sonaba como la sirena de una ambulancia, mientras que el azul era el pitido de un clarín o trompeta. El negro, un tamboreo profundo y severo, el morado era ya toda una sinfonía de sonidos y el verde sonaba como el mar o el viento. Además, él estaba seguro de que podía oler los colores.



CAPÍTULO III

EL HIPOCENTRO

En su pueblo natal, e incipiente ciudad, lindando con el país vecino de los gabachos o gringos, estas últimas palabras siempre resultaban en lo mismo: güeros de ojos azules con coches nuevos. Juanito vivía como un pequeño príncipe, siendo que no le faltaba nada. Era consentido por su madre, sus tíos y abuelos. Su entorno era agradable, con casas grandes y árboles frondosos. Su barrio estaba circunscrito por colinas y cerros salpicados de focos eléctricos que se iluminaban al atardecer, dando al entorno un aire de misterio y encanto a la vez, como tantas luciérnagas fijas, sobre todo cuando los perros aullaban lamentándose en la oscuridad. Al principio vivía en una casa verde; claro, con muchos cuartos y una gran terraza. Poco después se mudaron a una casa color rosa que era tan amplia como la primera. Un buen día, bajando la subida muy extensa de la colina donde se ubicaba su casa, el niño vio pasar repentinamente a su lado izquierdo a un caballo blanco. Pasó como un rayo y aportaba un jinete diminuto, tan diminuto como él mismo. Asombrado por el estruendo infernal que causaban los bufidos y los cascos del équido, el niño se detuvo presenciando lo que iba a ocurrir al pie de la colina. Al descender, el animal llevaba tanta carrera e inercia que intentando girar a la derecha, como lo pedía el jinetillo, la noble bestia resbaló y cayó secamente de costado, tal como lo presintió Juanito. Espabilándose para ver lo que había pasado más de cerca, Juanito vio que el caballo agonizaba estirando las patas y el cuello en vanos intentos de levantarse. Por fin, el equino moribundo despedía el último excremento color verde-amarillo del enorme ano negro bien dilatado y, expidiendo el último jadeo, quedó muerto el potro. Esta escena, la escena de un precioso corcel blanco

desbocado y troteando pavoridamente hacia su destino, la muerte, jamás la olvidaría el niño. Él podía recordarla en todo detalle, incluso el olor espeso a sudor del caballo moribundo, hasta los fines de sus días muchos años después.

[Epifanía: la muerte es súbita]

VIDA ONÍRICA—EL PADRE—LA MUERTE

Su vida nocturna se iba desarrollando a medida que iba creciendo el crío. Un sueño recurrente de su tierna infancia era el siguiente: dentro de una oscuridad espesa como la brea y tan negra como el hollín, el niño deambulaba con mucho cuidado y a tientas, ya que escasamente podía ver delante de sí mismo... A pocos pasos puede discernir, vagamente y a duras penas, el contorno de un pozo... Acercándose poco a poco, ve que van saliendo del agujero y oscuro del pozo cuerpos pisciformes y negros arrastrándose y reptando, primero subiendo por el brocal y luego bajando hasta el suelo; cada figura que sale del pozo es aún más grande que la otra, hasta que sale una criatura bípeda... Aquí despierta el niño llorando y atosigado. En otros casos sueña que está jugando con su amiguita Carmelita, la hija de la vecina, y de repente, Juanito le dice:

—Mira Carmelita, yo puedo volar.

A continuación, sale el niño disparado y, ascendiendo rápidamente hasta el cielo, no avanzando tal como él se lo había imaginado y quería, sino al revés y reculando. Esto le provocaba la cólera a él y la risa a Carmelita.

El único ser que ponía inquieto al pequeño era su mismo padre por ser, en una palabra, rezongón y severo. Por esto, el pequeño chapulín, diseñaba trampas ingeniosas para sacarle de quicio al rezongón. Un buen día, por ejemplo, por la mañana y muy temprano, se presentó su papá en su mejor traje de oficina y zapatos deslumbrantes. Mientras se dirigía elegantemente con intenciones de tomar asiento a la mesa para desayunar, el avisgado niño lo acompañó a su sitio y esperando que su padre se sentase, le sacó la silla de por detrás. El pobre hombre cayó literalmente de culo. Después de una carrera por toda la casa, su padre le arremetió con el cinturón. En otro caso, el niño ofreció asear los bonitos y lustrosos

zapatos a su padre. Concedido el permiso, el niño sumergió los infames zapatos en el agua del excusado y, acto seguido, tiró de la palanquita. Su padre le propinó otra zurra.

Un buen día muy soleado y agradable de verano, mientras su madre se encargaba de los quehaceres cotidianos del hogar y la radio tocando la canción que estaba muy de moda ese verano, «...di blu, dipinto di blu, di blu, dipinto di blu...», entró Carlos, el tío del niño, cabizbajo seguido por su mujer, María. Al inquirir María Elena a qué se debía tal pesadumbre, Carlos levantó la cabeza y, con un alarido, le dijo que su marido había fallecido. La escena quedó grabada en la memoria del pequeño para siempre, ya que aquí experimentó lo que sería su segunda epifanía: la muerte es majadera.

Al año siguiente fallecieron sus abuelos y su hermanita, la menor, que solo contaba con tres meses de vida. A partir de ese momento, Juanito empezó a experimentar sueños volantes.

Icarus

*A trodden road I stride;
The recent past I shed;
To greener hills I turn
Only to find the viper
In my footsteps.*

*I prompt the pace and look to check;
To my surprise the adder is gaining to my échec.
The inclination's grade is steep
Resulting in a pair of ponderous feet.
Determined, strong and not blind
The pace do I increase.*

*Alas, the serpent is still without cease.
At once, as the venomous reptile recoils to bite,
I spring and to my delight
Shoot-out towards Apollo and his sibling true, Hephaestus.*

*The winding road, green hill, snake and all
Into oblivion do recede,
When I detect the bascule of my lot
Dividing liquid sapphire from barren clay.*

*I descend light-footed and with glee
On the asphalt spine, the backbone of my dream.
There I stand and ponder what will be;
The blue of Neptune or Hade's grim grey.
The choice is made.*

CAPÍTULO IV

DESTIERRO—EMIGRACIÓN— METAMORFOSIS

Poco después de estas amargas vicisitudes de la vida, su madre le anunció que se mudarían «al otro lado», al país de los gringos, de los coches nuevos y gente rubia donde las calles y barrios parecían tarjetas postales en pleno tecnicolor y la gente siempre llevaba una sonrisa dentada, blanca y omnipresente. Era difícil para Juanito distinguir entre los sonrientes personajes de la televisión que se difundía desde el «otro lado» y los que había encontrado por la calle o en las tiendas al haber visitado ese país algunas veces con su padre. Doquiera que iban, doquiera que sonreía la gente ya bien en los establecimientos de negocios como por la calle, cosa que no se veía en su propia ciudad y país. Y, gracias a los medios de televisión, él ya se iba acostumbrando al rechinado de la lengua anglosajona. Por una parte, se entusiasmaba Juanito porque, como él lo ponía: «¡Vamos al país de las maravillas! ¡Vamos a Disneylandia!».

Por otra parte, ya había observado que la gente que venía a visitar a su familia del «otro lado», siempre venía en coches nuevos e impecablemente limpios que deslumbraban al escuincle en el irradiante sol del día. El crío presentía que ese artefacto ostentoso de metal pulido, fulgurante con llantas inmensas de hule espeso y negro, le pregonaba: «soy lo que codicia la gente del otro lado, pues me adoran, me alaban, me asean, y me pulen religiosamente».

Estos artefactos de lujo contrastaban de una manera chillona con los carros y demás vehículos autóctonos. Los coches de «este lado» frecuentemente eran charangas polvorientas que chirriaban y rechinaban

quejándose de los baches e imperfecciones de los caminos y carreteras del país. En «este lado», los vehículos eran utensilios, objetos de uso, ni más ni menos, mientras que en «el otro lado» eran artículos de lujo y símbolos de una devoción y veneración grotesca de lo que él llegaría a reconocer como «el materialismo» años más tarde.

[Epifanía: el hombre sigue adorando al becerro de oro.]

PESADILLAS Y MÁS SUEÑOS TURBIOS *EL DRAGÓN DE CHAPOPOTE*

«Ahí estaba otra vez delante de mí... El monstruo gris de brea y betún jadeaba y echaba humo, gases, chispas, e incluso gigantescas llamaradas de fuego mientras hacía un gran follón y un tumulto desmesurado que me hacía titubear las canillas. El ruido era un zumbido ronco, perpetuo e histérico a veces. A pesar de que estaba lejos de la serpiente de alquitrán, que bien sabíamos devoraba coches, camiones, y a menudo a algún pobre conductor, ya bien fuese mujer u hombre, joven o anciano, sentía el horrible aliento caliente y hediondo que despedía del hocico dentado y ardiente. Veía yo que también se tragaba a niños y niñas, enteritos... Solo para escupir sus extremidades y juguetes indiscriminadamente sobre su piel de negro alquitrán y chapopote... ¡Ay maldito dragón de alquitrán! ¿Cuándo, dime cuándo te vas a saciar?»

CAPÍTULO V

EL OTRO LADO

Seis meses más tarde, ya se encontraba Juanito en el país de las maravillas: el gran laberinto de asfalto y barrios inmensos sin corazón ni alma. Lo impersonal e indiferente imperaba en su nuevo entorno y país adoptivo. Seis meses después ya dominaba Juanito el idioma. A pesar de que se encontraba en otro hábitat lingüístico y cultural, o tal vez gracias a esto, se le aguzaba más y más la curiosidad y el deseo de aprender también. La lectura era su solaz; y su lengua, la recién aprendida, le había abierto nuevas vías y avenidas con un sinfín de libros que le aportaban las bien abarrotadas escuelas y bibliotecas de su nuevo país. Al tomar un libro, primero lo olfateaba escondiéndose de sus amiguitos para que no lo acusasen de tener mañas caninas o lupinas, y así descubría que cada tomo tenía su olor particular. Los libros de aventuras y cuentos infantiles olían a algas, el agua del mar o buques hundidos; mientras que los libros de matemáticas o gramática los delataba un olor a vaqueta y anís o a nueces tostadas.

Así pasó Juanito sus días y años de niñez, y sin que él se diese cuenta llegó la adolescencia, o, mejor dicho, la adolescencia lo pilló a él. Un buen día, cuando intentaba de pronunciar un discurso en clase y delante del micrófono, se quedó asombrado por esa voz estentórea, baja y retumbante que le evocaba la voz de su progenitor, a quien tanto temía. Se quedó callado en seco y buscando a su padre en vano. Se marchó sin poder reanudar su muy meticulosamente preparado discurso. Así llegó su juventud, sin pitos ni flautas. Secamente, se le presentó. Mientras tanto, la metamorfosis continuaba sin parar y las colegialas lo miraban detenidamente, cosa que le causaba gran angustia ya que un fenómeno

igualmente inesperado cayó sobre sus hombros como un gran peso: el pudor. Largos años tardaría en superar esta abatidora timidez. A pesar de que él ardía de amor por las doncellas que se le presentaban, e incluso las que lo ignoraban, el pudor lo desarmaba, dejándolo abatido y cabizbajo. Menos mal que el empeño en sus estudios no menguaba, y pronto llegó a pasar a la enseñanza superior, donde pudo desecharse de su vergüenza y casi todas las reliquias de su niñez.

Ahí, en los Campos Elíseos de la enseñanza experimentó su cuarta epifanía:

[La religión es engaño y un medio más para acceder al poder]

SUEÑOS MALOS

Igualmente, sus sueños iban floreciendo y poblando su vida nocturna a la vez que iban tomando un aspecto aún más fúnebre y tenebroso:

Valley of Shadows

*In a valley of shadows, I stand;
Around me, only cold marble, mausoleums, and death.
I plow my way to the archaic ruins before me
And penetrate the house of shadows:
green and grey.*

*I see a place I've visited many times before:
Nocturnal vicissitudes, my oneiric life,
A déjà vu.*

*I tread carefully, calling her, to no avail
Door after door I open,
As they weep and crack
Lamenting and in pain.*

*I enter still yet another den,
Three marble tubs before me*

*Stand and in the distance a
Shallow pool tepid and dark.*

*One tub filled to the brim
Its warm water glows with steam*

*«It's for you!», she says in a calm and soothing tone,
But I refuse and take my leave instead.*

HOMENAJE

—Hay un alma que quiero y que debo homenajear —gritó Juan conmovido—, un ser que sufrió inmensurablemente durante su corta pero vertiginosa vida, alguien que vivió un sudor frío y estremecedor, alguien que no supo cómo ni pudo amar físicamente al objeto de su amor y deseos; alguien que fue rechazado por su propio padre y que se encontraba amordazado por la sociedad y la moral de su época. Me refiero a:

Kafka

*Into this world you were thrown.
Like a dog without a bone.
Your mind twisting like a toad,
Yes, riding out a storm.*

*To Brescia off you went,
On a long holiday,
But no, you could not rest and play.
Tormented mind all alone,
Anguished soul without a bone,
Forbearer of judgment day!*

*Peering into reality
But hiding behind the keyhole,
Litmus paper, your soul,*

*Writer on the storm about to burst,
Existentialism-your vertiginous goal
Life, a conundrum; too absurd!*

*Writer of the storm!
Into this world you were thrown.
Like a child without a home.
Dog without a bone,
Your mind twisting like a toad!
You didn't go on a long holiday,
And like a child, prance and play?
Writer on the storm.*

*A Metamorphosis you did undergo
Squirming like a worm,
Or a viper on the thorn.
poet of the brainstorm,
epileptic, frail and grey,
schizophrenia, your fair play*

*Into this world you were born.
Into this stage you were thrown
Like a child without a home,
and a dog without a bone
Writer on the storm.*

«Kafka, fuiste tú el gusanillo de seda, producto de tu propia metamorfosis y ente trastornado por el hecho de haber nacido en un tiempo y sitio equívocos. Kafka... Ser atormentado».